

encomienda de Quiroga. Recibióle en la Compañía el P. Francisco de Alesón, Rector....., con licencia del P. Francisco Xavier, Provincial de esta provincia de Castilla. — *Francisco Pablo Mazarión.* — *Luis de Lossada.*»

En 1696 figura un D. Pedro Lossada y Prada, que debería ser hermano del P. Luis.

Estos tres volúmenes, aparte el interés que tienen por los datos que nos dan de los jóvenes novicios, son una hermosa colección de autógrafos que, en ocasiones, podrá prestar buenos servicios para la identificación de manuscritos de la Compañía. Son siempre un precioso recuerdo de familia.

JOSÉ M. MARCH

TRABAJOS RECIENTES SOBRE EL PENTATEUCO

TRES trabajos (1) de síntesis científica y cuidadosamente elaborados, vieron la luz pública en el campo católico el año 1928, acerca del origen y composición del Pentateuco. Los tres proceden de veteranos profesores, versadísimos en el tema que ventilan; los tres ofrecen un estudio de conjunto sobre las múltiples cuestiones que abarca el problema pentatéuico; los tres, en medio de sustanciales analogías, presentan marcado sello personal, que los diferencia entre sí notablemente; juntos los tres, reportan, además, como independientes entre sí y simultáneos, la ventaja de exhibirnos con apreciable garantía el

(1) BEA, AUGUSTINUS, S. I., *Institutiones Biblicae*, scholis accommodatae. Volumen II. De Libris Veteris Testamenti. I. De Pentateucho. (VII-188)-4.^o-1928. Precio: 12 l. E Pontificio Instituto Biblico, Romae.

MURILLO, LINO, S. J., *El Problema Pentatéuico*. (184)-8.^o-1923. Precio: 10 p. Imprenta Aldecoa, Burgos.

GOETTSBERGER, DR. JOHANN, Professor an der Universität München. *Einleitung in das Alte Testament*. Mit 12 Bildern auf 4 Tafeln. (XVIII-522)-4.^o-1928. Precio: 16 m. Herder & Co. G. M. B. H. Verlagsbuchhandlung, Freiburg im Breisgau.

estado actual de una controversia, cuyo interés trasciende a la introducción, la historia y la exégesis bíblica. Daremos, pues, siquiera sea sucintamente, un análisis comparado de ellos:

Las *Instituciones* del P. Bea, alemán, Profesor en la actualidad del Instituto Bíblico, están redactadas en latín, con la mira de que sirvan de texto en Seminarios y otros centros eclesiásticos, y reúnen, a nuestro sentir, las características de un buen manual escolar: doctrina precisa y sólida, criterio recto, método riguroso, abundancia y selección de ideas, rica y bien tamizada erudición, estilo claro y conciso, presentación, en fin, tipográfica en armonía con el contenido y con las exigencias pedagógicas; sin que obsten fortuitas incorrecciones y aisladas deficiencias, propias de una primera edición, para inducirnos a modificar el laudatorio juicio, que leída con atención toda la obra, sobre el conjunto de ella hemos formulado.

Dándola ahora a conocer más en particular, mencionaremos que consta de tres partes: la primera, muy breve, versa sobre el nombre, índole y división de los cinco libros pentatéquicos (pp. 3-8); la segunda, más amplia, prueba y vindica la autenticidad mosaica de los mismos (pp. 9-115), y la tercera, por vía de espécimen, explana y estudia selectas perícopas del Pentateuco (pp. 116-185).

En la primera parte, la división y argumento de los cinco libros — a lo que se agregan sendas listas de los principales comentarios modernos — se recomienda por su nitidez y por su didáctica sobriedad. Quizá sea intencionado que en la bibliografía del Levítico se cita la edición primera, de 1906, de KORTLEITNER, *Archæol. Bibl. Summarium*, en vez de la segunda, sumamente acrecentada, de 1917.

La segunda parte, subdividida a su vez en tres interesantes secciones, expone y aquilata, en la primera, las razones en pro de la genuinidad mosaica del Pentateuco, deducidas de fuentes teológicas (pp. 10-24); pormenoriza y discute con amplitud, en la segunda, las teorías con sus principales fundamentos, que contra la autenticidad oponen los críticos, especialmente la escuela de Wellhausen (pp. 24-105), y concluye especificando, en la tercera, el modo concreto cómo el origen y composición del Pentateuco se puede crítica y sólidamente explicar (páginas 105-115).

A propósito de los argumentos de escritura y tradición se nos advierte que no se trata aquí de un punto libre, ni de un problema meramente históricoliterario, sino de una cuestión en absoluto teoló-

gica (p. 20). Por el testimonio de Jesucristo (Ioh. 5, 45-47) es de fe divina que Moisés escribió los vaticinios mesiánicos del Pentateuco, y por otros muchos pasajes del Nuevo Testamento sería temerario, cuando menos, negar que Cristo no atribuía también al gran legislador la composición, en sustancia, del Pentateuco todo (p. 13). Consta asimismo de fe divina que Moisés consignó por escrito aquellas porciones que expresamente el sagrado texto le adjudica en Ex. 17, 14; 24, 4-7; 34, 27; Núm. 33, 2; Deut. 31, 9, 24, etc., entre las cuales se halla (cf. Deut. 31, 9, 24; 2 Par. 34, 14) porción tan considerable como el Deuteronomio (p. 14). Análogo valor dogmático goza en este caso el consentimiento de los Santos Padres, de cuyo unánime testimonio sólo con temeridad podría alguien apartarse (p. 17). Estas conclusiones se ven confirmadas por el decreto de la Comisión Bíblica, del 27 de junio de 1906, decreto que prescribe las normas a que los católicos han de atenerse sobre el origen del Pentateuco. Con la interpretación de ellas se pone fin a la primera sección, siendo muy de notar el cuidado con que en esta y en otras muchas ocasiones se inculca al discípulo el sano criterio teológico, del que no se puede, sin detrimento, sustraer (cf. pp. 14-15, 22-24, 63-64, 72, 85, 87, 113-115, etc.).

Ni por eso se menoscaba un ápice la diligencia con que se investiga también el lado crítico, según lo atestigua patentemente toda la sección segunda. En ella, en pos de un histórico recuerdo a las anteriores teorías de los críticos, se detalla con precisión la de Wellhausen conforme a sus más modernas modificaciones; se describen los fundamentos de ella, filosóficos unos (la evolución), otros críticoliterarios (vario empleo de nombres divinos, diferencia de estilo y lenguaje, duplicados y contradicciones), históricos otros y arqueológicos; se analizan luego y se discuten cada uno de dichos fundamentos hasta hacer ver cuán insuficientes son para lo que los críticos pretenden de negar al Legislador hebreo la paternidad de los cinco primeros y más antiguos libros de la Biblia.

Egregiamente tratada está la cuestión de los nombres divinos, en la cual, a más de rebatir las falsas deducciones de Wellhausen, se procura explicar positivamente el empleo diverso de los nombres, no ya mediante la aplicación de un solo principio, sino de cuatro grupos de consideraciones psicológicas, lingüísticas, religiosas y literarias, que habrán de escogerse o de juntarse según cada caso lo reclame (pp. 37-47).

La discusión de las minuciosas y múltiples objeciones lexicográficas, gramaticales y estilísticas hubiera resultado pedregosa y árida, a no haber logrado el P. Bea reducirlas metódicamente a pocos grupos y desvirtuar su fuerza probativa con oportunas normas y típicos ejemplos (pp. 47-61).

Para la solución e inteligencia de los duplicados se señalan también los principios orientadores, así teológicos como críticoliterarios, de los que se hace luego sabia aplicación a casos particulares (páginas 61-72).

Todavía más variado e interesante aparece el examen de las dificultades históricoarqueológicas. De paso, a la luz de la arqueología y de la historia bíblica, se vindica del modo más incontestable para los adversarios la genuinidad mosaica del Deuteronomio, de la legislación sacerdotal y de narraciones históricas, que con mayor encarnizamiento los críticos niegan a Moisés (pp. 73-105).

El fruto preparado en las secciones precedentes lo recoge y completa el autor en la tercera y última, que lleva por título: «Exposición positiva del origen y composición del Pentateuco.» Escudriñando el fin intentado por Moisés, las fuentes que utilizó, su labor personal en la redacción del Pentateuco y la suerte posterior del mismo, procura concretar en lo posible la manera cómo el complejo escrito salió de manos del gran Legislador, y qué modificaciones posteriores se pueden en aquél reconocer (pp. 105-115). Brilla en esta sección singular medida, ecuanimidad y prudencia.

En la tercera parte, para antología y ejercicio de exégesis, se eligen perícopas de las más principales: los tres primeros capítulos del Génesis, el diluvio, la cronología de los Patriarcas y la del Éxodo, los vaticinios mesiánicos del Protoevangelio, profecía de Noé (Gén., 9, 25-27), promesas hechas a Abraham, Isaac y Jacob, predicciones de Jacob, de Balaam y la de Moisés sobre el Mesías profeta (pp. 116-185). Parte toda ella sumamente recomendable, porque no sólo toca la estricta interpretación, sino que se extiende a las numerosas y trascendentales cuestiones que se rozan con ella, ya apologéticas, ya dogmáticas e históricas, siempre atendiendo más que a la cantidad, a la calidad y exactitud, puesta la mira en que el alumno se afiance en hermanar el recto criterio teológico y exegético con los modernos adelantos de la erudición y ciencias auxiliares. No ocultaremos, sin embargo, que no encontramos ni probada ni digna de ser preferida la modalidad que pro-

pone para la explicación del Exámeron (p. 124 y cf. p. 118). También desearíamos ver más especificado y confirmado por qué hayan de ser, seguramente, glosas todas las veces que los filisteos se mencionan en el Pentateuco (cf. pp. 94 y 114).

* * *

La obra del P. Murillo no está, como la precedente, destinada para las prelecciones de cátedra, sino para dar a conocer ante el público docto el llamado problema pentatéquico, presentando con imparcialidad y fuerza las razones que por una y otra parte se alegan, y examinando críticamente el valor de ellas para que el lector sepa con pleno conocimiento de causa y criterio fijo a qué adherirse. «Hemos preferido, se nos dice en el prólogo, la lengua española, a fin de hacer accesible la materia a todas las personas de cultura, porque a todas interesa y no puede menos de interesar vivamente tema de tan excepcional importancia» (p. 14).

El sabio autor, encanecido en el magisterio bíblico, ha tenido que internarse repetidas veces en el estudio de toda esta controversia. Hace más de treinta años la trató a fondo en el primer tomo de su grande obra en seis volúmenes, *Jesucristo y la Iglesia Romana*; dieciséis años más tarde, en 1914, la volvió a desarrollar, con amplitud de 166 páginas, en la Introducción a su acreditado comentario al Génesis; y, últimamente, con toda madurez de ingenio y sirviéndose de su largo profesorado en el Instituto Bíblico de Roma, la presenta de nuevo, muy enriquecida y esmeradamente trabajada.

«El trabajo va dividido en cinco secciones: en la 1.^a se exponen y analizan los fundamentos que la opinión tradicional presenta en favor del origen mosaico del Pentateuco; síguese en la 2.^a la exposición de las teorías modernas sobre el mismo; la 3.^a examina estas teorías; en la 4.^a se propone, en especial, la hipótesis grafiana, analizando sus argumentos; la 5.^a, finalmente, ofrece un resumen de los ensayos de conciliación excogitados por algunos católicos, examinando su valor y emitiendo su juicio sobre las bases en que aquélla debe descansar» (p. 14). A las secciones preceden unos *Prolegómenos*, en los cuales nos parece muy digno de recomendarse el «Breve sumario de la historia de la controversia» (pp. 19-26), donde sin recargos de erudición pro-

lija se designan muy bien los pasos y puntos culminantes en el desenvolvimiento histórico de tan complicada polémica.

La sección primera sobresale por el nervio y modo magistral con que se desarrollan las pruebas positivas en pro de la autenticidad mosaica del Pentateuco, tanto las externas o históricas como las internas o deducidas del texto mismo (pp. 27-79). Siguen las tres secciones centrales con la exposición y profunda crítica de las principales teorías heterodoxas (pp. 79-155). Y, por fin, otra sección donde se resumen y juzgan las hipótesis y las opiniones más o menos conciliatorias de algunos católicos: Von Hügel, Lagrange, Hummelauer, Brucker, Hoberg, Glatigny, Mangelot, Touzard, Höpfl (pp. 157-175).

Con la penetración y amplitud con que aparecen discutidas las aserciones de Touzard (pp. 163-172), nos hubiera en gran manera agrado encontrar igualmente analizadas las que sostiene el Dr. Sanda en su extensa monografía *Moses und der Pentateuch*, a la que con tanta frecuencia se remite el P. Bea.

Coronando la sección y el libro (pp. 175-181) formula sobre el debatido problema el P. Murillo su opinión personal que, en sustancia, se reduce a la admisión de fuentes escritas utilizadas por Moisés, al auxilio de secretarios o colaboradores bajo la inspección del gran caudillo y a pequeñas adiciones y glosas posteriores. El P. Bea, en cambio, restringiendo más la participación de colaboradores, recurre en modo ecléctico a diversos principios, fundamentados en disciplinas varias, ya históricas, ya arqueológicas, ya filológicas (Bea, pp. 114-115).

En el P. Murillo se advierte una elaboración propia y de robusta síntesis, nada vulgar. Se transparenta que ha leído y meditado mucho más de lo que indican sus citas, que no es amigo de prodigar. Puntualiza los razonamientos ajenos, deslindando hábilmente lo accesorio de lo principal, y en descubrir el lado débil de teorías infundadas o menos sólidas muestra pericia no menor. Hombre de vigoroso raciocinio, tan potente para la síntesis como para el análisis, y de vasta doctrina, perfectamente asimilada, esparce por doquier rico caudal de observaciones y enseña, como pocos, a formar criterio sano y fijo.

Sirve, además, *El Problema Pentatéuquico* de complemento e ilustración valiosa a *Institutiones Biblicae* del P. Bea. Éste se remite, en atención a la brevedad, a diversos autores, especialmente a Sanda entre los católicos; y entre los protestantes, con no sé qué preferencia — como se colige de las muchas veces que le cita o rebate — a Ed. Kö-

nig. Acude asimismo con preponderancia a escritores alemanes, justificada, sin duda, por el suelo donde vieron la luz tantas de las teorías que ha de refutar. Pues bien; la monografía del P. Murillo presenta reunido un egregio caudal de pensamientos y de datos que evita a los lectores de lengua castellana la lectura de muchos de aquellos escritores. A la par suministra al profesor y alumnos que utilicen el texto del P. Bea un poderoso subsidio con que afianzarse en el recto criterio, orientarse en pasajes difíciles y profundizar muchas cuestiones.

Véase, si no, por lo que difiere de Bea o por lo que le ilustra lo referente al proceso lógico e histórico de la crítica (pp. 79-97), al valor del testimonio de Cristo (pp. 30-33), a la lectura de la ley por Esdras (pp. 41-42), a los duplicados de Gén. 1-2 (pp. 106, 109-110), al empleo de los nombres divinos (pp. 114-118), a la unidad de santuario (pp. 137-145), unidad política en tiempo de los Jueces (pp. 131-135), juicio de opiniones novísimas (pp. 163-175).

* * *

Pasemos ahora a la publicación del Dr. Goettsberger, la cual, es verdad, no se limita al Pentateuco, sino que contiene una Introducción completa al Antiguo Testamento, encaminada a un doble fin: a proporcionar un texto apto para los estudiantes de Teología y a ofrecer al teólogo formado un libro que científicamente le informe de modo preciso y rápido sobre los problemas más actuales escriturísticos, a la vez que le indique las fuentes más importantes y asequibles para un estudio ulterior. En orden a este doble fin, exhibe, a más de las síntesis generales, las cuestiones particulares de mayor actualidad con sus diferentes soluciones, y juntamente, para cada caso, rica y selecta bibliografía moderna. Por otro lado, mediante una disposición técnica intachable, presenta en tipo grande las tesis y materias principales, en tipo menor las secundarias y desenvolvimiento de pruebas y en tipo más pequeño aún las notas bibliográficas.

Tres partes integran el volumen: 1) introducción peculiar a cada libro; 2) historia del canon; 3) texto y versiones del Antiguo Testamento; y cuatro excelentes índices le coronan: uno de autores, con más de un millar de nombres; otro, habilidosamente detallado, de materias; otro de voces hebreas, y el último, de pasajes bíblicos. Más cuatro buenas hojas de grabados.

De un cabo a otro del libro brilla una erudición diligentísima. No sólo se alegan innumerables autores y trabajos, sino con puntual exactitud la edición o el año y la primera y última página de las citas. El autor — que lleva ya explicados cincuenta y tantos semestres — está al corriente de las opiniones modernas y, muy en particular, de las que privan entre los escritores católicos y no católicos de su patria. Distínguese no menos por la densidad y multiplicidad, que esparce, de noticias, ideas, pareceres, textos e interpretaciones, mucho más de lo que promete el volumen; el cual ventajosamente engaña, ofreciendo copia de materias muy superior a la que podría uno, dada la mole del libro, esperar. Pues, merced a la destreza aunada del redactor y del editor se incluye tanta copia sin detrimento de la claridad, concisión y elegancia.

Nosotros, conforme a la índole de la presente Nota, nos fijaremos en el Pentateuco únicamente. Abarca lo concerniente a él desde la página 13 hasta la 118, y va subdividido en diez nutridos párrafos. Isa-gógicos o preliminares los tres primeros, enumeran los comentarios, pormenorizan, de sobra quizá, el argumento de cada libro y definen el problema pentatéuico: éste, en esencia, consiste en si nuestro Pentateuco proviene del tiempo y persona misma de Moisés, o si debe, en conjunto, su origen a cuatro grandes documentos, muy posteriores y de época desigual, que se unieron en su forma de hoy después del cautiverio babilónico.

Los otros siete párrafos estudian los caracteres estilísticos (repeticiones, incoherencias de contexto, uso vario de nombres divinos, diversidad de giros y de voces), testimonios y tradición a favor de la genuinidad mosaica e indicios intrínsecos en pro y en contra de ella, historia de la crítica del Pentateuco, esquema de la teoría de Graf-Wellhausen, Libro de la Ley al tiempo de Josías y al de Esdras, señales de evolución en las leyes pentatéuicas (lugar del culto, sacerdotes y levitas, ritos sacrificales, instituciones varias), y, finalmente, estado actual de la controversia.

De los párrafos introductorios notaremos que el argumento se especifica en forma muy minuciosa y fragmentaria con la mira de poner así más de bulto las desigualdades de contexto y las adiciones. Es verdad, esto se logra. Pero es de temer que esa anatomía, semejante a la disección de un cadáver, oscurezca y oprima la vital unidad de conjunto que reina, ciertamente, sobre todo en el Génesis.

El párrafo consagrado a la historia de la crítica y controversia (pp. 61-78), por su riqueza de información, por su exactitud, gradación y datos bibliográficos es de lo más eximio que contiene toda la Introducción.

En casi todos los otros párrafos la manera de proceder viene a ser ésta: presenta el escritor por separado los argumentos y las objeciones de los críticos, pesando su valor y el de las réplicas en contrario; después, por otra parte, las razones y dificultades de los que el autor llama conservadores, tasando asimismo el alcance y fuerza que ellas le merecen o aduciendo los reparos que a ellas se oponen. Con esto da con frecuencia por terminada su labor sin que se vislumbre en ocasiones cuál es puntualmente su sentir personal, ni a qué deba el lector en definitiva atenerse.

En ciertos casos también, quizá más de uno experimente la impresión de que las dificultades aparecen reforzadas y más bien atenuadas las soluciones. Así, en la cuestión capital de los duplicados se asegura que la manera cómo la exégesis conservadora los rechaza o explica, «en modo alguno satisface en los más de los casos» (*In den meisten Fällen befriedigt..... keineswegs*, p. 29). Al enumerar las incoherencias del contexto se concluye aseverando que numerosos indicios, que difícilmente se pueden negar, hablan en favor del sistema redaccional, que los críticos propugnan (p. 30). Restríngese la fuerza probativa de clásicos testimonios: del célebre de Jesucristo en Ioh., 5, 45-47, dase por legítimo y preferible que el Salvador se acomodó allí al error de los oyentes sobre el origen mosaico del Pentateuco (pp. 50-51); señalase también por legítimo, no por preferible, que el poner el Deuteronomio las leyes en boca de Moisés y el atribuirse a éste tantas veces en el Pentateuco actividad literaria, bien puede ser todo una ficción semejante a la que hace intervenir a Salomón en el Eclesiastés o la Sabiduría (pp. 44 y 88).

En el postrer párrafo, al describir el estado de la controversia en nuestros días, se muestra el autor descontentadizo del éxito logrado hasta ahora; por lo cual recomienda nuevo estudio y paciente análisis de los textos, antes de encontrar la teoría-puente que salve la distancia que media entre el genuino Pentateuco mosaico y su forma actual.

De las contadas erratas que hemos advertido (pues la labor tipográfica es esmeradísima), la principal es la que hace a David, de la tri-

bu de Benjamín, nombrándole, por material equivocación evidentemente, Benjaminita, en vez de Betlemita (p. 105).

* * *

Del cotejo de las obras analizadas se desprende que todas tres, cada una por su camino, profundizan en la cuestión que tocan y la consideran desde el punto de vista científico, conviniendo las tres en rechazar las tesis fundamentales de la escuela crítica.

Para la cátedra, por el método, doctrina y criterio, nos satisface el libro del P. Bea. Para rebatir las aserciones erróneas de los críticos, para orientarse con seguridad y solidez y arraigarse en un criterio firme, tradicional y puro, juzgamos eminente el trabajo del P. Murillo. Para el conocimiento de opiniones y dificultades, así como también de la historia, prestará particulares servicios, mayores tal vez que como manual de texto, la erudita introducción del Dr. Goettsberger.

* * *

Aunque no procedente de las filas católicas, sino del campo judío, otro libro (I) sobre el Pentateuco presentaremos, digno de mención, debido a la pluma del que fué algunos años catedrático de Lengua y Literatura Rabínicas, en la Universidad Central, el Dr. Abraham S. Yahuda.

Conforme a como el encabezamiento de la obra lo insinúa, el trabajo es fundamentalmente filológico: *La lengua del Pentateuco en sus relaciones con el egipcio*. Pero alrededor de la filología se agrupan copiosos datos de arqueología, historia y literatura egipcias, incidentales cuestiones de crítica y problemas numerosos sobre interpretación del texto sagrado.

Este primer tomo — no se nos advierte de cuántos constará la obra — investiga lo concerniente a las narraciones desde Gén. I hasta Ex. 15; si bien, invirtiendo el orden cronológico, estudia en la primera

(1) YAHUDA, A. S., *Die Sprache des Pentateuch in ihren Beziehungen zum Aegyptischen*. Erstes Buch. Mit einer hieroglyphischen Beilage. (xxxii-303-16*)-4.^o-1929. Precio: 22 m. Walter de Gruyter & Co. Berlin und Leipzig.

parte la época egipcia, o sea, la historia de José y la del éxodo; mientras que en la parte segunda se extiende por toda la época antiegiptia, a saber, los tiempos primitivos y los episodios patriarcales.

Extensamente nos describe el autor en el prólogo y en la introducción el punto de vista en que se sitúa para proceder a sus investigaciones. Al entrar, dice, los israelitas en Egipto llevaban consigo un dialecto cananeo, meramente hablado; al abandonar aquel país acaudillados por Moisés, cuentan ya con una lengua escrita, literaria y formada, el hebreo clásico del Pentateuco. ¿Bajo qué influjo, pues, se operó ese cambio? El tránsito de una lengua, de primitiva y meramente hablada a escrita y culta, se suele verificar, o bien por evolución autóctona lenta y gradual, sin descontar por eso influencias, lentas también, de pueblos vecinos de mayor cultura, o bien merced a felices circunstancias, de manera repentina y rápida por el contacto con una civilización adelantada y rica, especialmente si se interpone para la sabia asimilación de los elementos culturales algún genio o talento extraordinario. Este segundo modo es el que ha servido de idea directriz al doctor Yahuda, quien cree podernos palmariamente demostrar que el dialecto cananeo de los inmigrantes israelitas se transformó, mediante influjos numerosísimos de la lengua y civilización egipcias, en el hebreo escrito y literario del Pentateuco.

En orden a patentizar esta su tesis, se fija el alentado autor en múltiples vocablos, frases, giros y construcciones sintácticas, en términos técnicos, en típicos tropos y figuras de dicción, en otros fenómenos lingüísticos del Génesis y Éxodo, y no menos en los pensamientos y modalidades que se reflejan principalmente en las narraciones bíblicas de los tiempos primitivos. Para cada cosa de éstas busca luego, explorando por el vasto campo de la Egiptología, su correspondiente ilustración o paralelo egipcio, aduce y puntualiza — por separado y en grupos metódicos — las pruebas, sintetiza el resultado de sus deducciones y concluye persuadido de haber salido airoso con su intento y asentado sobre sólida base su teoría, cuya definitiva vindicación completará y robustecerá en trabajos ulteriores.

Innegables y reconocidas de tiempo atrás son ciertas influencias del Egipto que aparecen en episodios como los de la vida de José y las plagas, por no citar más que los ejemplos más célebres. Pero el Sr. Yahuda, diligente investigador y docto egiptólogo, se complace en exhibirnos una larga y no sospechada serie de otras nuevas análo-

gías e influjos. El lector, sin embargo, imparcial y reflexivo que penetre y pondere tanta copia de alegaciones y eruditas pruebas, ¿participará de la convicción del autor?

Ideas utilizables, sin duda, encontrará no pocas y puntos de vista sugestivos; asimismo rica copia de textos egipcíacos, aclarativos de locuciones y modismos hebraicos. Tropezará, en cambio, a la vez, con aserciones peregrinas y chocantes, cuyos fundamentos con frecuencia distará de hallar convincentes y satisfactorios.

Y esto por lo que respecta a la parte filológica y principal. Porque en la exegética, donde a menudo interviene, es menos feliz el hebreo orientalista. Sin contar el criterio con que siempre califica de legendarios y ficticios todos los relatos de los once primeros capítulos del Génesis (*Die Genesisagen*), no son pocas las bizarras concepciones que al escritor sacro atribuye, a todas luces insostenibles. Vayan dos muestras:

La relación bíblica concibe situado el paraíso en un oasis al extremo occidental del mundo; detrás, junto al oasis, está la línea del horizonte; delante, a modo de inmenso desierto, la tierra toda. Del paraíso sale un río, cuyas aguas, después de sumirse bajo tierra, brotan en distintos puntos del orbe, dando origen al Eufrates, Tigris, Nilo egipcio y Nilo núbico, los cuatro más importantes y conocidos ríos del narrador sagrado (pp. 158 s. y 175). — Gén., 2, 19, refiere que de la tierra roja formó Dios figuras de animales del campo y de aves, estatuas inanimadas que iba luego presentando a Adán. Éste pronunciaba ante cada una la expresión «alma viviente», y al punto *automáticamente* e *ipso facto* (son frases del expositor Yahuda) las inertes figuras eran de Dios convertidas en animales vivos (p. 142 s.).

Esmerados y copiosos índices: el general de materias, el de citas bíblicas, los cuatro filológicos de voces hebreas, arameas, árabes y acádicas facilitan el manejo del libro, excelentemente presentado y enriquecido, en gracia de los especialistas, con un apéndice de 16 páginas de textos jeroglíficos.

SANDALIO DIEGO